

Guillermo Rodríguez Riedel

DONDE YACEN LAS RAICES

(PARTE I)

En diciembre de 2023, después de un año de intensos preparativos, logramos viajar a Venezuela. Tras una década de ausencia Félix volvía a su terruño. No hace falta narrar los motivos de su exilio, tampoco del deseo entrañable que tenía de volver a estar en su país, abrazarse con su familia, sus amigos y ver en que se había convertido su tierra. La emoción aumentaba a medida que se acercaba el momento de

partida, además aterrizar en el país en contexto preelectoral lo tenía entusiasmado. Por primera vez se lo veía esperanzado, una oposición al régimen madurista se venía pergeñando desde los sótanos, algunas caras disidentes comenzaban a salir a la superficie. Las noticias que llegaban de sus padres aumentaban la ilusión. Iba a ser un viaje memorable.

LA LLEGADA

Aterrizamos en suelo venezolano el 5 de diciembre. Mientras caminábamos con las valijas hacia la ventanilla de Migraciones me sorprendió la cantidad de militares que circulaban el lugar. Iban en grupos observando, uno llevaba dos perros olfateadores. Es así, los aeropuertos son manejados por la milicia, desde que llegamos hasta la salida todo empleado vestía uniforme verde y la misma cara de pocos amigos.

El empleado, obviamente militar, me sometió a un interrogatorio típico de película policial de los 40. Me preguntó todo sobre mi persona, a qué me dedicaba en Argentina, qué hacía en el país, los lugares que iba a visitar con las respectivas reservas de hotel. Al mostrarle la carta de invitación hecha por mi suegro quedó mudo, revisó hasta la firma. Tuve que soportar me hiciera chistes sobre Milei a punto de asumir que tuve que recibir con media sonrisa. Sin muchas ganas me firmó el pasaporte y esgrimió un “Bienvenido a la República Bolivariana de Venezuela”.



Una vez fuera de la terminal entramos en un clima de telenovela. De esas que veíamos en la década del 80, como Topacio o Abigail. Las escenas de los reencuentros se sucedían alrededor nuestro. Ya en el avión escuchamos varias historias como la de Félix. La mayoría de los pasajeros regresaba al país después de años vagando por diferentes lugares. Años conformándose con llamadas por WhatsApp, sin contacto físico, fueron demolidas en esos abrazos. Familias enteras amontonadas cual scrum de rugby sin poder separarse. En un momento escuchamos un grito desgarrador a lo Catherine Fulop llamando a Félix. Giramos y nos encontramos con Mayerlin, la amiga de la infancia que venía a rescatarnos de ese mar humano. Lo mismo ocurrió con nosotros. El abrazo entre ellos no se hizo tardar, lo mismo que los besos y el llanto. A los pocos minutos me rodearon como si fuera yo el inmigrante. Me abrazaron como si hubiera sido yo el que había partido. Debo decir que la expresión de sentimientos del venezolano llega a límites insospechados. Expresiones como “Mi amor” se repiten todo el tiempo. Todo se veía tan exagerado a mis ojos porteños.

Siendo ya de noche nos internamos por las calles caraqueñas, no pudimos apreciar mucho hasta el día siguiente, cuando Mayerlin y Kley nos llevaron de recorrida. Kley es el marido de Mayerlin y nuestro guía. Trabaja para la Embajada de Emiratos Árabes y tiene pase libre. La ciudad está plagada de retenes militares los cuales revisan autos y pasajeros. En dos ocasiones nos pararon y solo bastó que presentara su credencial para que nos dejaran pasar sin más. Igual que en el Aeropuerto, la presencia militar se hace sentir en todo Caracas, ya sea custodiando edificios como en alcabalas improvisadas en plena calle. Eso genera cierta actitud paranoide, de sentirse vigilado.

Desayunamos a lo venezolano, esto significa abundante o, mejor dicho, “muy abundante”. Para ellos es la comida principal y equivale al almuerzo nuestro. Arepas, quesos, fiambres y un café de aroma inigualable. Me impresionó el tamaño de la palta (para ellos cacahuate). Gigantescos, uno solo alcanza para tres comidas. Así como su cremosidad que se derrite en la boca, y ni hablar de su sabor casi escandaloso.

Partimos hacia el punto panorámico donde se puede divisar todo Caracas. Una ciudad muy verde, con palmeras de todo tipo y guacamayas surcando el cielo. De colores azul, rojo, amarillo y blanco estas aves dominan la región. Un símbolo de la ciudad que se las puede ver hasta en los balcones.

LO IMPARABLE

Caracas está enmarcada dentro de un valle del sistema de la Cordillera de la Costa, separada del Mar Caribe a unos 15 km por el Parque Nacional Waraira Repano, una formación montañosa considerada

por los caraqueños como un emblema y pulmón vegetal de la ciudad. Cerro El Ávila es el pico más alto que separa la ciudad de la costa. Imponente, domina el paisaje como un gigante que abraza el valle.



Caracas se encuentra dividida en dos sectores bien diferenciados: este y oeste. Separados por las Torres del Silencio, dos enormes edificios que actúan de límite. En la zona este se encuentran los barrios más adinerados de la ciudad. La parte rica, con sus barrios de lujo y shoppings como el Sanville, con sus tiendas de Armani o Carolina Herrera. También concesionarias de Ferrari y Mercedes Benz. En el oeste, por el contrario, el cambio es notable. Zona de barrios más humildes y entrada a las villas más calientes de la ciudad, como 23 de enero o Petare. A medida que se acerca al cerro encontramos la zona más difícil. Kilómetros tomados por los barrios, sin servicios y en la pobreza más extrema. No importa en que parte de Caracas te encuentrés, puede ser el Country Club (la zona más exclusiva) o La Castellana, solo basta alzar la vista hacia el cerro para observarlos. A diferencia de Buenos Aires cuya

horizontalidad hace que los barrios carenciados pasen más inadvertidos, la ubicación en las laderas hace que estén siempre al alcance de la vista.

—¡Cómo verás Caracas es una ciudad de contrastes! —me dijo Félix, pegado a la ventanilla, quizás recordando su vida en la ciudad cuando era estudiante en la Universidad Central, la que me señaló con orgullo. Me dejé llevar por los rincones que significaron sus primeros años de adulto, cuando dejó su Maracay natal para venir a estudiar y recibirse de Ingeniero en Petróleo. Mientras las anécdotas se sucedían, iba develándome secretos de la ciudad. Me dijo que la veía más segura, que en su época de estudiante era imposible transitar a ciertas horas de la noche.

—¡Es que aquí hasta los malandros huyeron! —comentó Mayerlin con una carcajada.



Lo que más me llamó la atención es el uso del dólar como moneda corriente. El bolívar está en desuso y casi nadie los acepta. Los precios en los comercios, tanto como el de la nafta o la venta callejera son expresados en esta divisa. No importa que el billete sea viejo con cara chica, lo único que piden es que esté sano. Lo llamativo es el uso de esta moneda en el país que se supone mantiene una lucha contra el “Imperio fascista” según palabras de Maduro. De dónde salen los dólares oficialmente es un misterio, ya que en los bancos es imposible adquirirlos.

Los carteles con fotos de Maduro adornan las avenidas y autopistas de todo Caracas. Cual Stalin tropical, su imagen es reproducida en todos lados. Los canales de televisión solo hablan de los beneficios del régimen. Estamos en etapa electoral y el arsenal propagandístico se despliega en todo lugar.



Hasta se creó un dibujo animado con la imagen del mandatario: “Super Bigote”. Un Maduro musculoso enfundado en traje de superhéroe luchando contra el fascismo mundial para la delicia de los más chicos. Todo parece bizarro en su discurso. No hay propagandas de ningún tipo de oposición.

Pero el crecimiento imparable de María Corina Machado es un secreto a voces. Todos hablan de ella solapadamente, en voz baja. Se tejen mil historias, casi como si se tratara de un ser místico. Que avanza en su campaña a través del país de las maneras más duras ya que tiene prohibido desplazarse en avión o por las rutas principales. Así y todo, supo trasladarse por caminos secundarios, navegó por los ríos para llegar al corazón de la selva amazónica, en muchas ocasiones ayudada por los lugareños que le brindaban comida y alojamiento.

Mayerlin me dijo que hay personas detenidas por colaborar con ella. Parece que el régimen le teme y planea la proscripción de su candidatura. Han intentado detenerla sin éxito por el momento.

—¡Es que estos tierrúos son capaces de cualquier cosa! —exclama Mayerlin—. ¡Han intentado detenerla, pero por ahora se viene salvando!

VOLVER AL ORIGEN

La noche se fue acercando y quedaron varias cosas para ver. Nos acercamos a lo que fue la casa de Simón Bolívar que se mantiene en excelente estado. Pasamos bajo el puente Llaguno y Félix comenzó a temblar. Con la voz entrecortada me contó que estuvo presente en la marcha de 2002, la más importante contra el chavismo, devenida en masacre. Según las crónicas de la época un total de 19 personas murieron asesinadas en los alrededores del Palacio de Miraflores ese 11 de abril. Me sorprendió que nunca me haya mencionado que él estuvo ahí. Con los ojos mojados, me contó del mar de gente avanzando a Miraflores, de los francotiradores y los militares sobre el puente disparando

a la multitud, los gases y las corridas, los muertos. Recordó que se tuvo que esconder en una caseta telefónica mientras los disparos se sucedían. Al mismo tiempo, el discurso de Chávez alentando por televisión. Le tomé la mano, sentí su temblor. Lo abracé intentando calmarlo. Mayerlin giró la cabeza intentando cambiar el clima: —“¡Vas a ver amigui que se van a ir estos macacos! ¡Les queda poco tiempo! ¡La María Corina les va a dar una movida de mata!”—. Me emocionó su optimismo, después

comprendí la necesidad de creer que un cambio era posible.

Después de cenar unas excelentes cachapas con queso volvimos al departamento. Al día siguiente partíamos hacia Maracay donde nos íbamos a encontrar con la familia de Félix que no tenían idea que estábamos en el país. Llegábamos de sorpresa a pasar navidad con ellos. Ya en el departamento, encontré a Félix en el balcón con los brazos extendidos, como intentando abrazar la ciudad. Lo sentí distinto, como encendido. La sonrisa amplia, iluminada, reflejaba una mezcla de paz y euforia al mismo tiempo. Nunca voy a olvidar esa imagen, porque en ella Félix parecía haber alcanzado una plenitud que pocas veces se experimenta: la sensación de volver al origen, donde todo encaja, donde yacen las raíces.



Ciudad de Buenos Aires, 14 de noviembre de 2024



Una publicación de Agencia Ayesha de Servicios Culturales y Editorial
Permitida la reproducción mencionando la fuente: www.aysha.com.ar

